

“El saber es poca cosa para el ser humano; la práctica lo es todo para él.”



Acerca de las formas 6 y de otros valores

Confianza, esmero, perseverancia, orden, limpieza, cuidado, meticulosidad, decencia, prudencia, consciencia, cortesía, respeto, disciplina.

He aquí una gran pila de valores tradicionales que pueden resultar molestos para algunos. Y sin embargo, la calidad de la enseñanza no puede mejorar si no empezamos a vivir otra vez según estos principios.

Naturalmente, un mundo en el que los únicos valores reconocidos son *estos* y si se imponen por la fuerza terminan por ser nefastos y causar repulsión. Pero planteemos la pregunta al revés: *¿Esa situación que surge cuando se abandonan los valores mencionados, es aceptable o deseable?* Basta imaginar un mundo caótico, desordenado, en el que nadie ni nada merece confianza, con seres superficiales, descorteses, deshonestos, inconsistentes, incoherentes y faltos de la más mínima decencia. ¡Nadie puede aspirar seriamente a un mundo así!

Dicho con claridad es así: la calidad global de la escuela aumentará si exigimos de manera consecuente, tanto de nosotros mismos como de los alumnos, respetar realmente las reglas vigentes, los horarios convenidos, realizar los deberes con esmero y cuidado, ser atentos y corteses los unos con los otros, ser ordenados con nuestras pertenencias, mantener el cuerpo aseado y la ropa limpia y evitar hacer ruido innecesario y excesivo. Esto le dará a la comunidad de aprendizaje y de vida – o sea a la clase escolar – algo así como disciplina, seriedad, estabilidad y cohesión. Mientras que todo nos dé igual y nos sea indiferente, mientras sean la arbitrariedad y la falta de orientación las que reinen y que se tolere cada situación desagradable, toda atmósfera propicia para una verdadera educación quedará fuera de alcance.

Ya me parece oír la primera recriminación: ¿Y a tí no te importa la creatividad, la fantasía, la espontaneidad? Mi respuesta es: ¡Claro que sí! Y tanto más, que quisiera crear todas las condiciones propicias para que estas cualidades se puedan desarrollar no únicamente en *apariencia*, sino de *verdad*. Rechazo la idea de que el ser humano pueda ser más creativo cuanto más desordenado y ruidoso sea su entorno, cuanto más desconsiderado sea con su prójimo y cuanto menos se atenga a los acuerdos ya convenidos.

Y aquí sigue la segunda recriminación: “Tu tranquilidad, orden, confianza, esmero, puntualidad, meticulosidad son únicamente formas vacías, sin contenido alguno, impuestas por la fuerza sin ningún valor propio inherente.”

He aquí algo que merece la pena discutir. Para ello debo hablar primero de estos conceptos asociados - “forma y contenido” - que han suscitado, durante siglos, tantas reflexiones a los filósofos. El “contenido” se refiere generalmente a todas las manifestaciones de la mente creadora como: las obras de arte, el comportamiento lúdico, los descubrimientos científicos, la elaboración de leyes, las expresiones de poder de todo tipo, pero también cualquier producto material. Cuanto más previsora, intuitiva, sensible y creativa sea la mente que produce ese contenido, mayor peso tendrán los contenidos que uno dejará tras de sí.

Pero sólo podemos ocuparnos de estos contenidos en la medida que se realizan todos bajo una forma. Nunca aparece el contenido sin darse una forma. Si queremos tener acceso a un contenido, debemos pasar por la *forma*, pues es la única que nos deja percibirlo. Un *contenido* sin *forma* es impensable.

Desgraciadamente, no podemos voltear la frase ya que la forma sin el contenido se puede concebir muy bien. Se ve en la vida diaria: los modales son perfectos pero se han vaciado de su sentido, son falsos. Las pinceladas surten su efecto pero al acercarnos, no hay más que un vacío. Se guardan las reglas pero ya no sirven para vivir. El sistema funciona pero ya nadie sabe para qué; se conservan las tradiciones pero las razones que había detrás de ellas han desaparecido. Se rezan oraciones, se cantan canciones, se recitan versos pero todo son palabras vacías.

Mismo si parece contradictorio, el contenido busca su forma, pero las formas tienden a devorar el contenido dejando tras de sí, envolturas vacías. Ellas ocupan demasiado espacio, demuestran gran fuerza de inercia y definden un amplio campo sin sentido frente a toda expresión de nueva vida.

Pero sería dejarse llevar muy lejos por nuestro escepticismo respecto a las formas, si rechazáramos la necesidad de su existencia. Lo que debemos hacer es verificar qué tan genuinas son, en qué medida se justifican, son necesarias y concuerdan con el contenido correspondiente. Siempre hay que examinar las formas para ver si cumplen correctamente su tarea de “contener” el contenido. Y si constatamos, ya a este nivel, un desequilibrio entre forma y contenido, no sirve de nada en sí rechazar la forma. Es mejor escoger entre dos posibilidades positivas y equivalentes. O volvemos a meter el contenido original en su forma, o buscamos nuevas formas que puedan presentar correctamente los contenidos deseados. El amorfismo no es una solución.

Al hablar de “forma” y “contenido”, la dualidad “externo-interno” aparece automáticamente, a pesar de que naturalmente, una simple comparación no es lícita. Hoy en día muchos piensan que lo externo tiene legitimidad sólo si se basa en una vida interior, en una convicción interior y sólida, de lo contrario, se trata únicamente de una pura simulación. El lema es: primero siéntete agradecido, luego expresa las gracias. Primero ponte alegre, luego canta tu canción. Primero piensa pacíficamente, luego dale la mano a tu vecino. Primero despierta en tí un interés sincero, luego abre el libro. Primero cree y luego reza o ve a la iglesia.

Pienso también, que éste es el camino ideal. Si logramos tranquilizar los ánimos de los alumnos, trabajarán, jugarán y aprenderán de manera sosegada. Si se les enseña a poner orden en sus pensamientos y a apreciarlo, entonces resultará más sencillo mantener el orden externo. Si desarrollamos el respeto hacia sus compañeros, los chicos serán considerados y corteses. Si los alentamos para que sean cuidadosos con las cosas, se alegrarán cuando realicen una tarea bien presentada. Si les abrimos los ojos para que perciban la belleza de las plantas, los animales y los paisajes, querrán entonces protegerlos y no dejarán basura detrás de sí. Si les enseñamos a amar la verdad, estarán dispuestos a realizar todo lo que se les presenta a fondo y consciencia. Es sencillo escribir estas frases y es probable que el maestro experimentado vea en ellas también su aspecto ilusorio.

Por ello sería bueno preguntarse, si el contrario no sería también lícito. ¿Acaso el niño pequeño no va desarrollando gratitud por que se le ha dicho simple y llanamente que uno da las “gracias” cada vez que recibe ayuda? ¿No será que aprendemos a ordenar las ideas cuando nos acostumbramos a guardar el tornillo con los tornillos, el lápiz con los lápices, el libro con los libros? ¿Acaso no se incrementa, con el tiempo, el sentido por lo estética-

mente agradable cuando se nos anima a escribir limpio, a presentar un texto con esmero, a expresarnos clara y correctamente y a cuidar nuestras cosas? ¿Acaso no recobramos nuestra calma cuando permanecemos en silencio por un buen rato? Y ¿No se nos termina la aflicción en cuanto participamos con los demás en un juego?

En todos estos casos – a veces tal vez simplemente en apariencia – se encuentra lo externo primero seguido de lo interno. La psicoterapia conoce también estos dos caminos: los psicólogos del profundo esperan lograr cambios de actitud mediante la superación de los conflictos internos. La terapia del comportamiento trabaja sobre lo “exterior”, sobre los modos de actuar visibles, sobre eso que los psicólogos del profundo consideran como síntomas. Es cierto que ambas corrientes se combaten pero también ambas pueden demostrar su eficacia.

Fue en la carta de Stans (Stanser Brief), su primer escrito pedagógico, que Pestalozzi -basándose en sus experiencias - reconoció que para la educación el “acostumbrar al niño a la sencilla actitud de una vida virtuosa” era particularmente eficaz. He aquí lo que escribió después de que expuso cómo había logrado despertar empatía en los niños hacia con los refugiados de guerra:

“A estos sentimientos vinculaba otros ejercicios de autocontrol para que los pudiesen aplicar directamente y lograr el dominio de sí mismos en la vida. Al respecto, no era posible obtener una disciplina organizada de la institución. Eso también había que desarrollarlo paso a paso según fueran surgiendo las necesidades. La calma como medio para incentivar la actividad de los niños es tal vez el primer secreto de una institución como esa. La calma que yo exigía, cuando estaba presente y enseñaba, era para mí un gran medio para alcanzar mi meta, así como la postura que debían adoptar para sentarse adecuadamente. ... Entre otras cosas, les decía bromeando, que debían observar su pulgar cuando repetían lo que yo les decía. Es increíble como el hecho de insistir en estos pequeños detalles puede darle al maestro las bases para alcanzar grandes metas.

Nadie podría creer, sin haberlo visto, que una niña indisciplinada se encarrilara hacia un desarrollo moral, por el simple hecho de acostumbrarse a mantener la cabeza derecha durante horas y a no dejar vagar su vista. Estas experiencias me han enseñado que acostumbrar a un niño a las simples actitudes de una vida virtuosa puede contribuir infinitamente más al desarrollo real de una habilidad para comportarse con virtud que todas las enseñanzas y prédicas que, sin la formación de estas actitudes, podrían permitir. También, al seguir estas pautas mis niños estaban mucho más serenos, tranquilos, más abiertos a las

cosas nobles y buenas mucho más de lo que se podría suponer ante la total ausencia de cualquier idea de bondad en sus cabezas. ... A mis niños les he explicado muy pocas cosas, no les he enseñado ni moral ni religión; pero cuando estaban tranquilos y que se podía escuchar cada respiro, entonces les preguntaba: ¿Acaso no son ustedes más sensatos y buenos así, y no cuando hacen ruido? (Sämtliche Werke. Obras completas 13, 17 y 15)

Claro que sería inapropiado querer copiar a Pestalozzi en cada detalle pues con el tiempo, el estilo de vida ha cambiado bastante. Lo importante es reconocer la idea fundamental, a saber: que los sentimientos y el comportamiento, lo interior y lo exterior, el contenido y la forma están vinculados activamente en el sentido de que hay una relación de intercambio. Y así es recomendable que tratemos siempre de que lo interior actúe sobre lo exterior y lo exterior sobre lo interior.

Para ilustrar mi pensamiento me gustaría contarles un pequeño episodio de lo que sucedió durante una de mis lecciones. Era invierno, había oscuridad por ser tan sólo las siete y media de la mañana, los alumnos estaban sentados a mi alrededor formando un círculo y para empezar el día les pedí que cantaran un canto de Martín Lutero que dice así: “Cada mañana fresca y nueva, el Señor nos llena de gracia pura” Les doy el tono, los introduzco y dejo que la clase cante. ¡Qué desastre! Ni una pizca de “frescor” o de “gracia” sino más bien fastidio, o a lo máximo apatía, ni el más mínimo entusiasmo. A duras penas alcanzaron cantar el final. Eso mismo había previsto. Luego sentándome bien derecho en la silla y tratando de parecer lo más “fresco” y “lleno de gracia” les dije: “No, así no. Primero, siéntense bien derechos, respiren hondo y canten de manera audible para todos, piensen en la letra del canto y traten, con todas sus fuerzas, de cantarlo con alegría.”

Luego los introduje con entusiasmo, dirigí el canto con brío y eso sonó tanto a gloria, que daba gusto. Saqué entonces la conclusión a la que aspiraba desde el inicio: al comienzo cantamos tal y como nos sentíamos, pues ¿a quién le gusta levantarse tan pronto por la mañana en invierno para ir a la escuela? Y teniéndolo que hacer ¿quién canta luego con alegría un canto de mañana? Considerando nuestro ánimo de fastidio debería decir: es imposible, nuestro estado de ánimo no nos permite cantar de otra manera. Pero como lo ha demostrado el ejemplo, ya medio minuto más tarde, es posible cambiar las cosas. La diferencia entre la calidad del primer canto y del segundo es importante, pues ahí está *la medida de nuestra libertad*.

Volvamos a los valores mencionados al inicio. Cada uno es para nosotros – maestros y alumnos – un deber y nos proporcionan también una cierta cantidad de libertad, que depende de nuestra comprensión y buena voluntad. Si descuidamos estos valores el aprendizaje puede sufrir. Los alumnos, tanto como los maestros, necesitan muchísima energía para cosas que no tienen que ver con el tema pues constantemente surgen problemas y conflictos. Si las actitudes y el comportamiento relacionados con estos valores se imponen simplemente por la fuerza, o sea, son simplemente formas exteriores, hay algo que no funciona. Pero si por ese motivo los abandonamos, muchas otras cosas dejarán de funcionar. La única solución puede estar en el hecho de integrarlos a nuestra tarea de enseñanza y de tratar todos los días, a través del ejemplo propio y por supuesto también del diálogo y de la exhortación, de llenarlos con vida y esencia. Entonces dejarán de ser únicamente envoltorios externos y sin sentido, para ser expresión de lo verdaderamente humano, y contribuir a crear una atmósfera en la que un aprendizaje comprometido y fructuoso pueda realizarse.